

DIEGO GAMBETTA (ed.): *Making Sense of Suicide Missions*. Oxford, University Press, Oxford, 2005.

I. En el mes de febrero del año 2000, varios expertos en terrorismo se reunieron en la ciudad israelí de Herzliya. El objetivo principal del encuentro era intentar explicar uno de los entonces más sorprendentes fenómenos del final de siglo: la creciente frecuencia con la que los terroristas estaban dispuestos a perder su vida en la ejecución de un atentado. En el volumen que se editó a partir del encuentro, junto a capítulos dedicados a algunos de los casos más paradigmáticos de terrorismo suicida —como los Tigres Tami-les en Sri Lanka, el Partido Comunista del Kurdistan (PKK) en Turquía, o las diversas facciones islámicas en el conflicto palestino—, se incluían otros orientados a la sempiterna discusión sobre el papel jugado por la religión islámica en la producción de suicidas. En ese contexto, la corta vida de una incipiente Al-Qaeda pasó desapercibida para los analistas. Tan sólo un párrafo escrito por el embajador americano M. Sheehan apuntaba hacia la influencia que dicha organización y el nuevo terrorismo suicida estaban a punto de conseguir:

«Osama bin-Ladin and his organization represent perhaps the most alarming trend in suicide terrorism emanating from the Middle East and South Asia. Bin-Ladin has created the first truly transnational fundamentalist terrorist enterprise, drawing recruits from Muslims across Asia, Africa, Europe and the Middle East. Willingness to be martyred in action appears to be the hallmark of some of these terrorists. Bin-Ladin has cultivated an unholy alliance among Islamic fundamentalist groups from different regions. And his organization has also avowed its intention to attain weapons of mass-destruction. The prospect of a fundamentalist suicide bomber with one of these weapons is indeed terrifying» (pág. 63) (1).

Después de los ataques del 11 de septiembre contra las Torres Gemelas en Nueva York, el escenario cambió por completo. El terrorismo, y, más concretamente, el terrorismo suicida pasó a formar parte de las agendas no sólo de los gobiernos, sino también de los principales centros de investigación del mundo. A partir de entonces, las cuestiones clave relacionadas con el fenómeno terrorista dejaron de ser motivo de preocupación académica tan sólo para los investigadores provenientes de aquellos países azotados por el terrorismo. Por el contrario, al conseguir captar la atención de una audiencia académica mucho más amplia, el terrorismo, y, en especial, el terrorismo

---

(1) MICHAEL SHEEHAN (2001): «Fundamentalist Terrorism: Introduction», en VV.AA.: *Countering Suicide Terrorism: An Internacional Conference*, ICT, Herzliya.

suicida, pasaron a ser uno de los temas estrella de investigación para las ciencias sociales.

Así, es comprensible la cantidad ingente de material publicado en los últimos años sobre terrorismo (2). Sin ir más lejos, y dejando a un lado el libro que se reseña en estas páginas, durante el último año han aparecido tres libros cuya temática básica es el terrorismo suicida (3). Asimismo, artículos sobre esta materia no sólo han copado las páginas de revistas del género [como *Terrorism and Political Violence* (4) o *Journal of Conflict Resolution* (5)] sino que también han alcanzado cotas mayores al ser incluidos en algunas de las revistas más influyentes en el campo de las ciencias sociales [v.g., *American Political Science Review* (6)]. Finalmente, cabe decir que el interés del tema ha atraído a algunos de los más relevantes investigadores en dicho campo, como David Laitin, Andrew Kydd, o Ronald Wintrobe (7), por mencionar sólo a algunos (8), intrigados por la paradójica racionalidad de un fenómeno que muchos ciudadanos calificarían como irracional.

II. Dentro de ese grupo de *relevantes investigadores* atraídos por el carácter enigmático del terrorismo suicida habría que incluir sin duda a Diego Gambetta, coordinador de la primera obra colectiva sobre ataques suicidas publicada por una editorial internacional de referencia. Analista singular, siempre ha rastreado en las fronteras de las disciplinas los materiales teóri-

---

(2) Para no alargar en exceso la extensión de esta recensión, renuncio a incluir todos los artículos y monografías publicadas en estos últimos cuatro años sobre terrorismo. Por eso, me limito a dar cuenta de los trabajos más destacados sobre «terrorismo suicida».

(3) Véanse AMI PEDAHZUR (2005): *Suicide Terrorism*, Polity Press, Cambridge; ROBERT PAPE (2005): *Dying to Win: The Strategic Logic of Suicide Terrorism*, Random House, NY; y MIA BLOOM (2005): *Dying to kill: The Allure of Suicide Terror*, Columbia University Press, NY.

(4) Dado que esta revista está orientada al análisis del fenómeno terrorista, no tiene sentido incluir un listado de los numerosos artículos aparecidos en ella sobre ataques suicidas.

(5) Véase el número especial de esta revista (volumen 42, número 2) editado por B. METER ROSENDORFF y TODD SANDLER este año bajo el título genérico de «The Political Economy of Transnational Terrorism».

(6) Véase ROBERT PAPE (2003): «The Strategic Logic of Suicide Terrorism», en *American Political Science Review*, 97 (3), pp. 343-361.

(7) Véanse, por orden de mención: DAVID LAITIN y ELI BERMAN (2005): *Hard Targets: Theory and Evidence on Suicide Attacks*. Trabajo presentado en los Seminarios del Instituto Juan March, 17 de abril de 2005; ANDREW KYDD y BARBARA WALTER (2002): «Sabotaging the Peace: The Politics of Extremist Violence», en *International Organization*, 56: 263-96; y RONALD WINTROBE (2003): *Can Suicide Bombers be rational?*, trabajo no publicado, Universidad de Western Ontario.

(8) Tampoco en España han faltado trabajos sobre el terrorismo suicida. Véanse, por ejemplo, FERNANDO REINARES (2003): *Terrorismo Global*, Taurus, Madrid; y JAVIER JORDÁN (2004): *Los profetas del miedo*, Eunsa, Pamplona.

cos necesarios para explicar fenómenos tan *inescrutables* como la persistencia de la mafia (9), o la creación de capital social en contextos caracterizados por la desconfianza entre los actores sociales (10).

En esta ocasión, el profesor Gambetta se ha puesto al frente de un ecléctico conjunto de investigadores dispuestos a enfrentarse a uno de los grandes desafíos de la actual ciencia social, como es la existencia de gente dispuesta a morir matando para conseguir unos objetivos que no podrán disfrutar.

Fruto de tres años de colaboración entre los ocho investigadores que aparecen en el libro, el mismo incluye trabajos que utilizan dos metodologías claramente diferenciadas. Por un lado, el libro recoge diversos capítulos dedicados al estudio de casos de *misiones suicidas* localizadas en un territorio concreto —Palestina, el Japón Imperial de la Segunda Guerra Mundial, Sri Lanka y, hasta cierto punto, el 11 de septiembre en New York—. Ahí, se pone el énfasis en las lógicas internas de las organizaciones locales que utilizan misiones suicidas, y en cómo su uso ha evolucionado a lo largo del tiempo. Para ello, estos capítulos basan fuertemente sus resultados en el análisis empírico de los datos disponibles sobre atacantes y ataques suicidas acontecidos en cada uno de los territorios bajo estudio.

Por el otro, el resto de artículos adoptan una visión más analítica del fenómeno suicida, al generar hipótesis a partir de la evidencia comparada existente. Para ello, algunos autores recurren a planteamientos *contrafácticos* [¿por qué hay personas que se suicidan por causas políticas sin necesidad de matar a nadie? (capítulo 5) ¿Por qué hay organizaciones terroristas que matan enemigos pero no permiten que sus miembros den de manera voluntaria su vida en el ataque? (capítulo 6)], con la intención de evitar los consabidos problemas derivados de fundamentar las explicaciones únicamente sobre los casos en los que se da la variable dependiente (ataques suicidas). Por su parte, John Elster (capítulo 7) analiza las diversas creencias y motivaciones utilizadas por los individuos y organizaciones que toman parte en ataques suicidas con la intención de desechar aquellas que difícilmente pueden ser justificadas en términos racionales. Finalmente, el profesor Gambetta (capítulo 8) cierra el volumen con un esfuerzo por conjuntar las dos vertientes del libro, esto es: por fusionar los principales hallazgos extraíbles de la evidencia empírica acumulada en la obra con las diferentes hipótesis planteadas.

---

(9) Véase DIEGO GAMBETTA (1993): *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*, Harvard University Press, Cambridge.

(10) Véase DIEGO GAMBETTA y HEATHER HAMILL (2005): *Streetwise. How taxi drivers establish customers' trustworthiness*, Russell Sage Foundation, New York.

Como valoración global, cabría decir que el esfuerzo ha merecido la pena. El lector que se acerque a esta obra con una idea más o menos construida a partir de la visión que los medios de comunicación ofrecen sobre el terrorismo suicida (esto es, que los terroristas suicidas son musulmanes integristas que persiguen matar de manera indiscriminada a ciudadanos occidentales) conseguirá, como poco, una visión más profunda y matizada del fenómeno: ni todas las insurgencias islámicas utilizan terroristas suicidas, ni todos los ataques suicidas provienen de organizaciones fundamentalistas musulmanas. Dicho lo cual, y dado que se trata de la primera obra sobre misiones suicidas con pretensiones analíticas, se echa en falta un mayor esfuerzo de equilibrio, coordinación y síntesis en ella.

Primero, *equilibrio*, porque es difícil justificar la presencia en el libro de un capítulo sobre los soldados japoneses que dieron su vida en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial sin analizar el relevante papel jugado por los miles de «soldados de Alá» enviados por Jomeini a una muerte segura durante la guerra entre Irán e Iraq. Más aún, si se tiene en cuenta que la influencia de estos últimos fue decisiva para la aparición de las primeras misiones suicidas en el vecino Líbano, caso paradigmático tanto por su eficacia como por su innovación (11).

En segundo lugar, se echa en falta una cierta *coordinación* entre las diversas metodologías utilizadas en el volumen. Hubiera sido deseable una conexión más explícita entre las hipótesis derivadas del conjunto de la literatura (en la forma en que aparecen en los capítulos más analíticos) y su validación en los casos empíricos recogidos. Se evitarían así incongruencias como la hallada en el capítulo sobre los Tigres Tamiles en Sri Lanka, donde se cae en una de las falacias más comunes en los estudios de caso, aquélla que empuja al autor a renegar de definiciones generalizables de un fenómeno para desarrollar una definición que se ajuste perfectamente al caso de estudio. En el que nos ocupa, los tamiles no serían suicidas, sino otra cosa —algo así como «soldados heroicos»—, algo poco congruente con el objetivo general que persigue el volumen.

---

(11) Casos también relevantes pero no tratados en profundidad en el libro son los anarquistas y los revolucionarios rusos del final de la Rusia Zarista, así como otros conflictos secularmente olvidados (como los kurdos del PKK en Turquía, el conflicto checheno, o el conflicto de Cachemira en la India). Sin embargo, para los primeros, las guerras mundiales enterraron el anarquismo suicida (y su posible influencia sobre posteriores oleadas de misiones suicidas), mientras que para los segundos, se trata de áreas con poca accesibilidad para el investigador, por lo que el análisis ha de limitarse a una pobre recolección de datos cuantitativos sobre los ataques suicidas acontecidos en cada territorio.

Finalmente, hubiera sido de agradecer un mayor esfuerzo de *síntesis* por parte del editor respecto a los puntos más destacados sobre el terrorismo suicida. Si bien el capítulo de Gambetta intenta recoger las principales conclusiones extraíbles de la evidencia acumulada en los capítulos previos, el autor lo hace con una exhaustividad tal en la descripción que el lector se queda con la idea de que el terrorismo suicida es un fenómeno complejo y difícilmente predecible, algo ya de por sí imaginable.

Pero vayamos a los puntos más relevantes de esta obra, que sin duda los tiene. En lo que sigue, empezaré por destacar qué nos dice la evidencia comparada sobre misiones suicidas, para después pasar a analizar por separado éstas tanto desde el punto de vista de las *organizaciones* que las ejecutan como desde el punto de vista de los *activistas* que dan su vida en ellas.

III. Ricolfi, en su brillante capítulo sobre el terrorismo suicida en Oriente Próximo, ofrece la siguiente definición (empíricamente operativa) de «misión suicida»:

«the present definition of SMs [suicide missions] *excludes* the actions of those people who immolate themselves for a cause, killing themselves only, since they carry out no act of violence against others, as well as actions that are highly risky (because death is not certain). At the same time, it not only *includes* actions in which the agent's death is directly caused by the agent himself; it also comprises those in which the agent's death, even though caused by others, is the *certain* consequence of his behaviour (such as actions against military or militarily protected targets with no escape plan)» (pág. 78, énfasis en el original).

A partir de esta definición, el mismo Ricolfi nos da una primera aproximación cuantitativa a la dimensión que los ataques suicidas han adquirido dentro de las estrategias de las organizaciones terroristas: desde 1980 hasta el año 2001, los ataques suicidas produjeron al menos 2.500 víctimas —sin contar las víctimas del 11/9—, lo que supone el 48 por 100 del total de víctimas debidas a ataques terroristas en dicho período. Una cifra realmente espectacular, pues el número de ataques suicidas representa tan sólo el 4 por 100 del conjunto de acciones terroristas (págs. 81-82). Dada esta aparente efectividad del método, no es extraño que los ataques suicidas hayan sido empleados a lo largo y ancho del mundo por organizaciones tan dispares como movimientos independentistas (en Chechenia, Cachemira, Kurdistán, Tamil Eelam —Sri Lanka—, Líbano o Palestina), movimientos fundamentalistas islámicos (Al-Qaeda, Hamas, o Hezbollah), movimientos anarquizantes en Rusia y otras partes de Europa antes de la Primera Guerra Mundial, o incluso ejércitos (Japón e Irán) en situaciones de desequilibrio entre las fuerzas en conflicto. Si esto es así, si las misiones suicidas son ejecutadas por or-

ganizaciones que parecen tener muy poco en común, ¿será posible encontrar algún tipo de regularidad empírica?

Éste es el cometido principal del capítulo escrito por Gambetta. A partir del trabajo de sus compañeros de volumen, el autor extrae varias regularidades empíricas que nos permiten delimitar y describir con concreción las misiones suicidas. Primero, las misiones suicidas han sido siempre decididas por, y ejecutadas con el apoyo de, organizaciones (12) que se encargan de dar *sentido* al ataque. Frente a las autoinmolaciones (o lo que es lo mismo «dar la vida por una causa sin matar a nadie»), las misiones suicidas presentan una naturaleza distinta. Aquéllas, como Michael Biggs cuenta en su interesante capítulo sobre las mismas, suelen ser actos individuales con una fuerte raíz ideológica pero sin claros vínculos con organizaciones que los promuevan. Por ello, el componente estratégico (extraer el máximo rendimiento del elevado coste de la acción) suele ser muy limitado, ya que no hay una organización detrás capaz de rentabilizar el suicidio (13). Las misiones suicidas, por su parte, son un instrumento más de la tecnología de la violencia disponible en las luchas entre organizaciones clandestinas y los agentes estatales. Aquí, es el liderazgo de la organización el que autoriza los ataques suicidas y elige los objetivos en función de las dinámicas del conflicto. De manera chocante, aquellas causas políticas que atraen a personas dispuestas a su autoinmolación, jamás han atraído a individuos dispuestos a matar a otros a la vez que se suicidan. La logística necesaria para ejecutar cada tipo de suicidio (esto es, el requisito de una insurgencia dispuesta a emplear suicidas en sus ataques *versus* la decisión individual de, por ejemplo, quemarse a lo bonzo) junto a la existencia de individuos dispuestos a dar su vida podrían darnos pistas sobre dónde podríamos prever la aparición de ataques suicidas. Por ejemplo, la dictadura comunista china dificulta sobremanera la creación de organizaciones alternativas. A la vez, las religiones dominantes en ese país no parecen fomentar en exceso el «morir matando». En conclusión, cabría predecir mayores cifras de suicidios individuales que de ataques

---

(12) Si dejamos a un lado el caso de los soldados suicidas (regulares o irregulares) que dieron su vida en guerras interestatales, habría que decir que las organizaciones a las que se refieren los autores son todas clandestinas (en el sentido de *no estatales*) que intentan o la secesión del Estado, o el cambio de régimen, o ambas cosas a la vez.

(13) A pesar de eso, BIGGS reconoce que en numerosas ocasiones el sacrificio individual que la autoinmolación supone ha contribuido a impulsar las causas de aquellos que dieron su vida. Sin embargo, el mecanismo que conduce a resultados positivos aquí es distinto del que funciona con los ataques suicidas: mientras con la autoinmolación se intenta *persuadir* al contrario de la bondad de la causa propia, los ataques suicidas persiguen *disuadir* a los agentes rivales de continuar con el conflicto, como bien indica Elster en su capítulo.

suicidas, algo que Gibbs confirma con sus datos. En cualquier caso, el estudio de la particular combinación de «herramientas» de la violencia que los movimientos insurgentes utilizan constituye uno de los campos más atractivos de análisis para los próximos años, dado que, como el propio Gambetta señala, ninguna organización clandestina se ha *especializado* en ejecutar únicamente ataques suicidas.

Segundo, si bien es necesaria la existencia de una organización insurgente para que haya misiones suicidas, Gambetta destaca que éstas son compatibles con muy diferentes tipos de organizaciones armadas. Sin ir más lejos, organizaciones tan dispares como la guerrilla de los Tigres Tamilyes (capítulo 2), o las diversas milicias palestinas (capítulo 3) muestran suficiente variación como para desistir de la idea de que sólo organizaciones fundamentalistas islámicas emplean esta táctica (14). De igual manera, tal diversidad en las organizaciones tiene reflejo en la diversidad de los blancos (*targets*) y en los métodos. Desde el espectacular atentado contra las Torres Gemelas hasta el ataque suicida que acabó en 1993 con la vida de la presidenta de Sri Lanka, la variedad es sorprendente. Para Gambetta, es posible reducirla al considerar cuál es el principal propósito que la organización está persiguiendo al ejecutar misiones suicidas. Por un lado, si el objetivo es militar (como en una guerra de guerrillas), entonces la misión suicida estará orientada hacia lograr un alto número de bajas militares o la muerte de importantes representantes del bando contrario. Por el otro lado, si el objetivo es «transmitir un mensaje» tanto al enemigo como a los propios potenciales seguidores, entonces la destrucción del blanco será un mero objetivo intermedio. Esto explicaría los ataques del 11/9, los cuales, según Gambetta, tuvieron un componente más simbólico que de pura maximización de víctimas: para él, si los terroristas hubieran tenido la posibilidad de estrellar los aviones contra unas torres completamente vacías, habrían elegido esta opción sin ninguna duda. Sin embargo, cabe poner en cuarentena esta interpretación, un poco *sui generis*, de la misión suicida más representativa de Al-Qaeda. Básicamente, porque en los dos más importantes ataques de esta organización en base europea (las bombas en Madrid y Londres), lejos de buscar «blancos simbólicos» se priorizó la maximización del número de víctimas.

Tercero, y siguiendo a Robert Pape (15), Gambetta destaca que las misiones suicidas sólo tienen lugar en países democráticos. Existen tres expli-

---

(14) Ahora bien, como el propio GAMBETTA indica, tan sólo dentro de la religión islámica han encontrado las misiones suicidas justificación teológica; lo cual, evidentemente, no es lo mismo que decir que todo el terrorismo suicida es islámico. Volveré sobre este punto más abajo.

(15) Véase la nota 6 *infra*.

caciones para este hecho: primero, las democracias son más sensibles a los costes de los atentados, y por ello, más propensas a cambiar sus políticas; segundo, es posible que las democracias estén más constreñidas en sus respuestas a ataques suicidas, una debilidad de la que se aprovecharían las organizaciones que utilizan misiones suicidas; finalmente, las democracias suministran un amplificador inmejorable de los ataques suicidas: los medios de comunicación de masas. Confiando en Laitin y Berman (véase nota 7 *infra*), Gambetta da más peso a la última explicación, única posibilidad de mantener esta regularidad empírica sin que la misma naufrague ante la creciente oleada de ataques suicidas en Iraq, país bastante alejado de lo que se entiende habitualmente por democracia (16), pero muy abierto a la influencia de los medios de comunicación globales. Como corolario, si aceptamos que la influencia de los *media* es lo que realmente está explicando la especial fijación que los suicidas tienen con los países democráticos, no deberíamos descartar la aparición de ataques en países con regímenes autoritarios *débiles* (sin el suficiente poder como para coartar la movilidad de los grandes grupos mediáticos en su interior), como está ocurriendo en Iraq.

Además de sólo realizar ataques suicidas en países democráticos, Gambetta recoge una regularidad encontrada por Laitin y Berman (véase, de nuevo, nota 7 *infra*) respecto a los blancos de dichos ataques: mientras el 83,5 por 100 de las guerras civiles combatidas en el mundo desde 1945 tuvieron lugar entre grupos con la misma raíz religiosa, el 90 por 100 de los ataques suicidas fueron orientados hacia víctimas cuya religión difería de la de los atacantes. Las explicaciones de Laitin y Berman de este fenómeno no resultan muy convincentes a ojos de Gambetta. Ni la renuencia a matar a miembros de la misma religión, ni la ineficiencia de utilizar suicidas para matar a personas que pueden ser fácilmente alcanzadas —dado que comparten unos mismos rasgos físicos y culturales con los atacantes, lo que facilita la logística del ataque— justifican el coste del ataque. Por el contrario, para el profesor de Oxford podría ser que las misiones suicidas ocurran principalmente en conflictos con una extrema asimetría en el reparto de fuerzas, articulados alrededor de la religión, y en los que la solidaridad religiosa frente al rival puede suministrar un arma añadida en la lucha. Si bien se trata de una intuición interesante, desafortunadamente existen razones para cuestionarla. Por un lado la evidencia empírica es, como poco, mixta (recuérdese el caso de Sri Lanka, donde los rebeldes, lejos de ser muy débiles, llegaron a construir

---

(16) Si dejamos a un lado el caso iraquí, también es posible dudar sobre si algunos países que han sufrido ataques suicidas son realmente *democráticos*. Sri Lanka, Líbano o Arabia Saudita no parecen ajustarse en exceso a cualquier definición de democracia.

un estado paralelo durante varios años); y, por el otro, la racionalidad del argumento en lo que se refiere a los ataques interreligiosos tampoco parece muy fina, al basarlo todo en una variable explicativa que ha de ser en sí misma explicada (la solidaridad religiosa frente al enemigo). Sin duda, este punto requerirá de mayores análisis.

IV. Como ya se indicó, las organizaciones clandestinas que emplean misiones suicidas también utilizan otras tecnologías de la violencia, esto es: no hay organización con dedicación exclusiva a las misiones suicidas. Entonces, dándole la vuelta a la cuestión, cabe preguntarse bajo qué condiciones las organizaciones clandestinas *tradicionales* deciden activar células que ejecuten ataques suicidas. En un análisis muy elegante del terrorismo suicida, Ignacio Sánchez-Cuenca y Stathis Kalyvas (capítulo 6) recurren a contrafácticos para deducir los contextos en los que uno podría predecir la aparición de misiones suicidas. Su punto de partida no por obvio resulta menos interesante: para que haya misiones suicidas, necesitamos tanto individuos dispuestos a dar su vida como organizaciones dispuestas a acarrear los costes y las ganancias del método. Sin uno, no hay lo otro; sin voluntarios, los esfuerzos de cualquier organización clandestina para preparar operaciones suicidas fracasarían, y a la inversa.

Siendo esto así, ¿bajo qué condiciones están las organizaciones clandestinas dispuestas a preparar misiones suicidas? Si suponemos que las organizaciones no tienen un veto normativo contra el uso de misiones suicidas, y que existe un conjunto de individuos dispuestos a dar su vida por la causa (17), aún será necesario que el método sea para la organización menos costoso que otras alternativas. Esto dependerá básicamente de los apoyos con que cuente aquélla dentro de su grupo social de referencia: tanto allí donde sus seguidores secundan ciegamente el comportamiento de la organización (i.e., Hamas o Hezbollah), como allí donde sus potenciales seguidores dan la espalda a la organización (Al-Qaeda, los anarquistas de principios del siglo xx), es posible predecir la aparición de misiones suicidas. Por el contrario, allí donde las organizaciones clandestinas dependen decisivamente de su masa social de referencia (*constituency*), pero cuentan con niveles de apoyo medios (IRA, ETA), la necesidad de incrementar éstos anulará cualquier veleidad suicida. En la práctica, esta relación *con forma de curva de U* entre niveles de apoyo y probabilidad de realizar misiones suicidas es difícil de contrastar empíricamente, pues, al final, en perspectiva comparada,

---

(17) Este supuesto es desarrollado en profundidad en LAURENCE IANACCONE (2003): «The Market for Martyrs», Global Prosperity Initiative, WP/35. George Mason University.

la única manera de saber cuál es el nivel de apoyo de una organización clandestina sería a través de la tecnología de la violencia que utiliza (18).

En cualquier caso, los propios autores matizan esto, al incluir otros factores relevantes en el cálculo de las organizaciones. Dejando a un lado aquellos relacionados con su grupo de apoyo (*constituency*), el principal factor responde a la existencia de técnicas alternativas que garanticen un mismo nivel de eficacia con menores costes por ataque. Para Gambetta, una extrema asimetría de fuerzas entre los contendientes podría justificar el uso de misiones suicidas. Más aún, si esta técnica se utiliza para atacar *blancos* selectivos difícilmente alcanzables en ausencia de ataques suicidas. Desde este punto de vista, el Hezbollah de los años ochenta constituiría el caso clásico: organización con un alto apoyo entre sus bases y que empleó las misiones suicidas para ejecutar ataques difícilmente imaginables —en términos logísticos— en ausencia de esta tecnología de la violencia.

Por otro lado, las organizaciones clandestinas que quieren llevar a cabo ataques suicidas necesitan voluntarios. Para Sánchez-Cuenca y Kalyvas, sin un considerable grado de represión política y una privación económica severa que afecte si no a los propios suicidas al menos al entorno en el que viven, es muy improbable que las motivaciones individuales necesarias para participar en misiones suicidas surjan. Además, los voluntarios tienen que haber desarrollado un sistema de creencias completamente irracional por el cual el acto suicida les asegura una serie de beneficios. Como bien indica Elster (capítulo 7), el hecho de que el sistema de creencias sobre el que se fundamenta el acto suicida sea irracional no conlleva que el acto en sí también lo sea: por el contrario, una creencia irracional puede conducir a la búsqueda del comportamiento racional más acorde para su consecución, como también indica Gambetta en la introducción al volumen, al distinguir entre racionalidad de los medios y racionalidad de las creencias. Para Elster, causas como la extrema juventud de los suicidas, o su supuesta pobreza o ignorancia no explican su comportamiento. Por el contrario, sólo sentimientos de *inferioridad* y el *resentimiento* contra un rival más fuerte parecen constituir el *cemento* sobre el que se asientan las motivaciones de los suicidas. Este punto, la desesperación de los suicidas, también es destacado por Ricolfi, para quien muchos

---

(18) Por ejemplo, el apoyo que a nivel social tienen Hamas y Al-Fatah es bastante similar. Sin embargo, como RICOLFI destaca en su capítulo sobre el terrorismo suicida en Palestina, mientras que durante la primera Intifada sólo Hamas ejecutó ataques suicidas, en la segunda ambas organizaciones decidieron recurrir a este método. Sobre la competición entre organizaciones clandestinas por conquistar apoyo social, véase también MIA BLOOM (2004): «Palestinian Suicide Bombing: Public Support, Market Share and Outbidding», en *Political Science Quarterly*, 119 (1), págs. 61-88.

palestinos, si bien no pobres o poco educados, sí se encuentran lo suficientemente desesperados y resentidos como para dar su vida por la causa palestina. La influencia de las redes de bienestar desarrolladas por algunas de las más importantes organizaciones clandestinas contribuiría a paliar la pérdida del suicida con bienes privados tanto económicos como simbólicos —prestigio dentro de la comunidad— para sus familiares (19). Y esta simbiosis entre individuos dispuestos a dar su vida y organizaciones que persiguen, por diversas razones, ejecutar ataques suicidas alcanzaría su obra maestra con Hamas, polo de atracción del radicalismo fundamentalista palestino.

Sin embargo, supongamos, a modo de contrafáctico, que nos trasladamos a un país en el que la represión y la discriminación económica se han cebado con una etnia en particular. En ese país, la organización clandestina tiene muy poco que hacer frente al poderoso ejército local que es armado y asesorado por —digamos— los EE.UU. A pesar de eso, el nivel de apoyo de los sublevados es alto entre su grupo de referencia. ¿Cabría, en consecuencia, esperar la aparición de misiones suicidas ejecutadas por la insurgencia de ese país contra los EE.UU. o contra la élite dirigente? La respuesta de Laitin y Berman sería «no», en tanto en cuanto la baja renta per capita del país y la existencia de terreno montañoso promovieran insurgencias más clásicas (basadas en la creación de estados paralelos) que no necesitan emplear métodos tan costosos para los rebeldes (20). Pero, ¿y si esas condiciones ventajosas para la insurgencia no se dieran? Entonces necesitaríamos otros argumentos para justificar la existencia de suicidas en nuestro país imaginario. Y uno de los más relevantes, aquél que sobrevuela siempre la literatura sobre terrorismo suicida, es la importancia de la religión.

En el volumen que estamos comentando, no parece haber unidad de criterio con respecto a la influencia del Islam en las misiones suicidas. Todos parecen coincidir con Elster cuando éste reconoce que si ser suicida sólo consistiera en tener unas preferencias fuertes por bienes celestiales, con seguridad habría muchos más suicidas alrededor del mundo de los que observamos (págs. 242 y ss.). Pero, dicho esto, los matices emergen. Mientras

---

(19) Éste es un argumento que principalmente desarrollan LAITIN y BERMAN (véase nota 7 *infra*), si bien los propios autores reconocen la existencia de casos que no encajan bien en el mismo.

(20) En un artículo ya clásico, FEARON y LAITIN descubrieron que las guerras tienen mayor probabilidad de emergencia en países con baja renta per cápita y con amplio terreno montañoso. En conjunto, la primera determina la baja capacidad del Estado para controlar a sus ciudadanos, mientras que la segunda favorece la consolidación de la insurgencia, dada la debilidad del Estado. Véase JAMES FEARON y DAVID LAITIN (2003): «Ethnicity, Insurgency and Civil War», en *American Political Science Review*, 97 (1), págs. 75-90.

Gambetta reconoce que el Islam es la única religión que legitima (al menos, hasta cierto punto) los ataques suicidas y en cuyo nombre éstos se producen, para Sánchez-Cuenca y Kalyvas el islamismo no es condición ni necesaria ni suficiente para la aparición de ataques suicidas (pág. 216). Holmes lleva el caso al extremo, pues al analizar los atentados del 11 de septiembre (capítulo 4), niega la mayor:

«En vez de tradiciones islámicas produciendo militancia, los militantes están encontrando su camino a través de corrientes previamente marginales del Islam» (pág. 142).

Lo que este autor propone es invertir el nexo causal entre Islam y violencia política para acentuar cómo diversas insurgencias locales fracasadas de Oriente Próximo consiguieron transformarse en un movimiento panárabe gracias al caldo de cultivo del antiamericanismo y el islamismo. A pesar de toda la parafernalia fundamentalista, aún es posible, según Holmes, rastrear el componente secular de liberación nacional existente que aparece en los discursos de Bin-Laden. Ahora bien, siendo ésta una interpretación atractiva del fenómeno Al-Qaeda, no deja de ir demasiado lejos. Si nos trasladamos de nuevo al escenario contrafáctico imaginado más arriba, y lo ubicamos en cualquier país de la América hispana, nos encontraremos con condiciones muy parecidas a las que hicieron fracasar las diversas insurgencias locales contra los regímenes títeres militares. Sin embargo, no surgió ninguna internacional de los pueblos indígenas (o de las izquierdas revolucionarias) contra el enemigo del norte. ¿Por qué? Quizás, la influencia de la religión sí pese, al menos de manera indirecta, como reconoce Gambetta.

En mi opinión, no es necesario quedarse tan sólo en eso: es posible que la religión no sea ni una condición necesaria, ni una condición suficiente; pero puede que, como J. L. Mackie indicó hace ahora 40 años, sí sea una condición INUS: una Insuficiente pero Necesaria parte de una Innecesaria pero Suficiente condición para producir un determinado efecto (21). La religión islámica, por sí misma, no produce suicidas. Pero en combinación con otros ingredientes (opresión económica y política, desequilibrio de fuerzas entre las partes en conflicto, dificultad para alcanzar blancos con tecnologías más tradicionales de la violencia, etcétera), se convierte en un arma mortífera.

En fin, habrá que esperar a análisis más en profundidad de otros casos (Chechenia, Cachemira, el funcionamiento de Al-Qaeda) para seguir aumen-

---

(21) J. L. MACKIE (1965): «Causes and Conditionals», en *American Philosophical Quarterly*, 2, págs. 245-65.

tando la base de datos con los que contrastar las diversas hipótesis sobre el terrorismo suicida. En ese objetivo, la evidencia acumulada en este interesante volumen coordinado por el profesor Gambetta sin duda ha aportado su granito de arena.

*Luis de la Calle Robles*